

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EXIGENCIAS DEL SIGLO LOS TOROS Y EL MICROSCOPIO

A la hora que escribo, el acontecimiento al que oportunamente aludiré ha pasado ya a la historia —curiosa expresión que puede querer decir dos cosas: o que algo ha entrado a formar parte de la serie de acontecimientos que, por su importancia mayor o menor, se califican justamente de «históricos», o que ahí quedó, confinado al pasado y dejando por ello de tener «importancia».

Sea cual fuere el sentido en que haya pasado el acontecimiento a la historia, no escribo sobre él —o, mejor dicho, a propósito de él—, al rojo vivo, porque, en verdad, no interesa aquí como tal acontecimiento, sino como paradigma y término de comparación, por lo cual da lo mismo que hubiera acontecido ayer que hace dos meses —o dos décadas—. Pero voy al grano.

Un día del pasado junio, estando de paso por Barcelona, me encontré de repente solo ante un televisor. Usualmente nada me pasa en estos casos — a diferencia de bastantes de mis próximos, usufructuó una especie de «pereza televisiva» —, pero aquel día debía de velar la Providencia y empujarme a poner en funcionamiento el hasta entonces silente paralelepípedo. Ignorante de programas, hubiera podido caer sobre cualquiera de los manjares televisivos cotidiano: inauguración de un nuevo puente sobre el Tajo, una película del Oeste, Ginger Rogers, ladrones y policías, la bolsa del saber, probable evolución del tiempo atmosférico en las próximas veinticuatro horas, etc. En vez, caí sobre una emisión que los encargados de preparar los ánimos iban adjetivando, con entusiasmo creciente, bajo un alud de superlativos: extraordinaria, excepcional, insólita, fenomenal, única. La pantalla exhibía una plaza de toros en Jaén, deslumbradoramente iluminada por potentes reflectores, rebosante de gente y de expectación.

No había para menos, porque se trataba no meramente de una corrida, ni siquiera sólo de una gran corrida, sino de «la» corrida: «la corrida del siglo». Tres ases en ella y en este orden, debidamente duplicado: El Viti, El Cordobés (Manuel Benítez) y José Fuentes. Motivo, al parecer, suficiente para que los espectadores no se confinaran al relativamente escaso número que cabe en una plaza. La corrida se transmitía por televisión, y no sólo a los posibles aficionados, o curiosos, del país, sino a todos los que, en muchos otros países, quisieran acompañarles. «El Pájaro del Alba», que había servido ya para tantas transmisiones (incluyendo muchas que maldita la falta que han hecho) iba a servir ahora de enlace intercontinental. Primera vez, además, que desde España como emisora se hacía uso del susodicho Pájaro. El cual funcionó a las mil maravillas y expidió la misma plaza de toros que yo estaba viendo a lugares muy remotos, que podía no saber dónde exactamente caía Jaén, pero que seguramente habían recibido desde hacía algún tiempo meticolosas informaciones sobre las meteóricas conquistas, taumáticas y financieras, de El Cordobés.

He de confesar que mi conocimiento de los toros es mínimo

(en realidad, nulo), lo que he observado hace a veces las delicias de mis amigos «anti», y causa por lo menos desilusión entre mis amigos «pro» —nada de lo cual, sea dicho de paso, afecta sus varias otras preferencias y repugnancias—. Tiempos hubo en que muchos «progresistas» hablaban de los toros (a menudo, sospechosamente, con gran conocimiento de causa) como «la llamada fiesta nacional», pero hoy día no se dan (ni, en puridad, se daban entonces) correspondencias muy estrictas entre la política y la taurofobia —o la taurofilia—. El ser «anti» no ha impedido a nadie ser en muchos respectos bastante «reaccionario», y el ser «pro» no impide para que se sea «archiprogresista». Congruentemente, mi desconocimiento de los toros no lo tengo por una marca de espíritu avanzado o ilustrado; es muy posible que con mi ignorancia me pierda algo, aunque no sé exactamente lo que podría ser. No se interprete, pues, lo que diré oportunamente como «anti», aunque tampoco no es precisamente «pro».

Dado mi confesado desconocimiento del arte del toreo, no puedo dar ninguna opinión, razonada o irrazonada, sobre si la corrida de referencia fue realmente la del siglo. Los partidarios de El Viti seguirán defendiendo el arte de su ídolo, alegando que justamente no se trata de un ídolo, sino de un maestro que domina todas las reglas del arte y que no está dispuesto a trocar el rigor por la brillantez. Los fanáticos de El Cordobés alegarán que, digase lo que se quiera, ese hombre tiene (y claro que sí lo tiene) un gracejo que no se encajona en reglas. Por lo que alcancé más o menos vagamente a vislumbrar, tengo la impresión de que estas disputas son un tanto ociosas: no veo por qué la sobriedad de uno tendría que cruzar espadas con la gallardía de otro, y viceversa. El Viti, El Cordobés y el menos jaleado José Fuentes parecían dar de sí todo lo que los diestros pueden dar de sí, y hubiera sido gollería pedir más.

Olvidada ya (recuérdese mi condición de ignorante espectador por carambola) la corrida al día siguiente, me volví a las mientes con ocasión de ser testigo de una escena que, por lo pronto, no parece tener nada que ver con la corrida y que no tiene, en efecto, nada que ver con ella salvo el de servir de término de cotejo y punto de partida para una breve reflexión.

En una importante tienda de instrumentos de óptica vi, sentadas ante un mostrador, a dos personas en trance de examinar un microscopio no lo bastante complejo para ser usado por un investigador, pero sí harto refinado para servir de serio aprendizaje. Una de esas personas, un joven de unos diecisiete años, le estaba dando vueltas al instrumento con una solicitud que rozaba la reverencia. Los ojos le brillaban, con la expresión del deseo vehemente de poseer el aparato, no (o así lo espero) para darse simplemente el gusto de tenerlo, sino para aprender a manejarlo. La otra persona ante el mostrador parecía ser (o actuaba como si fuera) el padre del joven. Vestido de blusa obreril, escuchaba con atención, bien que con cierta

comprendible perplejidad, el más o menos técnico diálogo establecido entre el vendedor y el joven, y ello mientras contaba cuidadosamente un fajo de billetes de banco que llevaba en su cartera, con el evidente temor de que no alcanzara para la compra. (Alcanzó, regateo mediante.)

No es improbable que la pareja que acabo de presentar hubiese pasado la noche precedente mirando en el televisor la corrida del siglo. ¿Por qué no? Como he sugerido ya al referirme a algunos amigos «pro», no hay la menor razón de que los toros sean incompatibles con los microscopios, y con lo que simbolizo con éstos: el deseo de trabajar en nuestro país en el cultivo de la ciencia, con la posible eventual recompensa de que los microscopios no tengan que venir casi siempre de afuera de las fronteras, o fabricarse con licencia ajena, y generalmente bien pagada. Por tanto, no tengo la menor intención de poner frente a frente, como enemigos acérrimos, el toreo y la ciencia. Lo único que quiero poner de relieve es que sería lamentable que las corridas del siglo nos hicieran olvidar las exigencias del siglo. Mi joven y su padre se encargaban de recordarlo, y es una lástima que «El Pájaro del Alba» no hubiese retransmitido alguna escena semejante a esa de que doy fe, aunque sólo fuese aprovechando algunos intervalos entre los distintos lances o suertes, si esto tiene, taumáticamente hablando, sentido.

Toros, todos los que se quieran, pero no se olviden los microscopios y arcos similares. Por supuesto que los microscopios no bastan, y hasta se puede hacer mal uso de ellos, en cuyo caso, claro, la tauromaquia podría ser preferible a la ciencia. Antes de alcanzar siquiera a poder hacer mal uso de los microscopios, sin embargo, queda un camino muy largo para hacer de ellos un muy amplio uso. Conseguido esto, ya no hay que preocuparse tan sólo de si se lanzan o no demasiadas campañas al vuelo retransmitiendo corridas de toros. Nadie va a pensar —como, por desgracia y, hay que reconocerlo, bastante equivocadamente todavía piensan algunos— que serán toreros, o poco menos, todos los habitantes de un país que demuestre saber manejar bien los microscopios. No sólo (ni me gusta) autocitarme, pero en un libro publicado hace casi diez años y que, por razones ajenas a la voluntad del autor, parece casi invisible («Tres mundos: Cataluña, España, Europa») escribí unas palabras que me parece que ahora vienen bastante a cuento: «Cuando el desarrollo de un país alcanza cierto nivel... ya no es necesario eliminar, el «pintoresquismo» ¿Serían pintorescos el flamenco y el cante jondo si los oyéramos trepidar en Coventry, en Detroit, en Billancourt, en Turín?». A decir verdad, ni el flamenco ni el cante jondo —ni los toros— son «pintorescos», pero como corren el peligro de parecerlo, me he permitido ese «aviso» para gentes con ese buen sentido que se llama (uno se pregunta a veces por qué) «sentido común».

J. FERRATER MORA

«DIGNIDAD SOCIAL»

Lo cierto es que, ahora y aquí, la gente habla y escribe, por lo general, con un creciente desparpajo en materia de léxico. La tendencia más visible consiste en emplear palabras cuya «dignidad» social estaba en entredicho desde hacía casi un par de siglos. Me refiero, claro está, a las llamadas «palabras feas». Hasta hace cuatro días, un principio de buena educación obligaba a eludirlos cuidadosamente, incluso en la charla familiar, y sólo en momentos críticos, de ira, de jerga o de abandono, parecían tolerables. En el papel impreso, ni siquiera se permitía su uso, como no fuera en algún panfleto rabioso o saiz, o en breves pasajes de literatura grotesca, y lo común era poner la inicial y unos puntos suspensivos. Desde luego, las «clases inferiores» no compartían tantos escrúpulos, y su vocabulario solía ser gloriosamente soez. «Habla como un carretero», se decía de quien no lo era y abusaba de términos nefandos. O bien: «Habría hecho ruborizar a un sargento de caballería». Las personas pulcras y afablemente estamentadas siempre creyeron que los carreteros y los sargentos de caballería eran «malparlats» por principio. Y hoy, no sólo se advierte una indiscutible indulgencia ante el vicio antiguo, sino que es evidente un franco avance del «mal» en el seno mismo de los sectores tradicionalmente pacatos y aprensivos.

Bueno: si hemos de ser exactos, convendría confesar que, en realidad, se ha invertido la situación. No me atreveré a afirmar que, en nuestros días, los carreteros —o sus sucesores del camión o del tractor— y los sargentos de caballería —o quienes les representen en el clisé sociológico— sean un modelo de «corrección» a la hora de hablar. Las «clases inferiores» se toman algunas libertades verbales, a falta de otras, y van tirando. Y ni se las toman: son su patrimonio. Pero cualquier observador de oído atento ha podido comprobar que esta parte del censo ha «mejorado» mucho. Quizá por miedo a sanciones gubernativas, o quizá a consecuencia de los progresos de la escolarización, y hasta es posible que los discretos y asépticos parlamentos de la tele y la radio hayan influido en ello. A nivel popular, se diría que las antiguas «Lligues del

Bon Mot» han ganado la batalla. Después de muertas, como el Cid. En cambio, donde se notan los progresos del taco y de la palabra vitanda es entre las «clases superiores». También en esto hubo su discriminación de sexos, y los hombres —en las clases a que aludo— a menudo, muy a menudo, se expresaban sin demasiada continencia, mientras que las señoras y las señoritas frenaban su lengua. Mejor dicho: ni alcanzaban a imaginar que les «estaba bien» hablar de aquella manera, y no necesitaban ningún freno. Hoy son ellas las que más ostentadamente rompen el tabú.

Ellas y ellos. Y los escritores. La circunspección fue siempre —y era lógico— mayor en los trámites escritos que en los orales. Las palabras se las lleva el viento, si no media una especie u otra de tinta. «Scripta manent». En una novela, en una carta, en un artículo de periódico, la cautela resultaba más inexcusable. Pero también eso falla. Cualquier libro, una revista, un diario, ya dan cabida, y con todas las letras, a vocablos secularmente proscritos del manejo literario. Lo cual escandaliza a una parcela bastante notable de público, desde luego. Las masas que ahora ascienden a la «educación», y se integran en ella, reciben el legado supersticioso del «bon mot», y no han de extrañarnos sus alarmas. Miran las firmas, y con toda ingenuidad se preguntan:

¿Oh jove!, ¿para cuándo son tus rayos?
Si habla así la Academia, ¿qué harán payos?

y valga el pareado del señor Puigblanch, de Matarró. Su reacción es normal. Han aprendido lo que «está bien» y lo que «está mal», y creen que «está mal» eso: valerse del léxico obscuro, malofioso o descarado. Se trata de un puritanismo inocente, que, de vez en cuando, trasciende al lápiz del censor y a las «cartas al director» de muchas publicaciones.

De ordinario, se echan las culpas a la reina Victoria y a su tónica fascinación. La «prudencia» victoriana, por inglesa y por remota, no lo explica todo, ni mucho menos. No hay duda de que, antes de que aquella dama marcara la his-

toria europea con su nombre, los «convencionalismos» lingüísticos de origen gastro-genital funcionaban plenamente, y hasta en detalles cómicos. Cuando don Quijote recomienda a Sancho decir «eructo» en vez de «regüeldo», su intención no puede ser más candorosa, porque el acontecimiento fisiológico es el mismo, se le designe de un modo o de otro. Pero, por descontado, un «eructo» tenía que parecer menos deplorable que un «regüeldo», gracias al latinismo: el nombre hace la cosa, y el hábito al monje. Antes del 1800, «grosso modo», dichos «convencionalismos» eran, en definitiva, tenuous. La sociedad, alta y baja, se sentía relativamente satisfecha de su condición zoológica, o, por lo menos, no la disimulaba. De ahí, que, en Chaucer, en Cervantes, en nuestros March, en el divino Pietro Aretino, en el mismísimo Dante, y en Shakespeare, y en el reverendo Francisco Delicado, y en el P. Mulet, y no digamos en Villon o en Rabelais, «clásicos» por necesidad, encontremos una zona de vocabulario que horrorizaría a las Asociaciones de Padres de Familia y a los burócratas de la eterna Anastasia. La Italia demócrata-cristiana ha de aguantar al Aretino como un «clásico» (que ya lo quisiera yo para mi idioma). El Aretino fue un clérigo, o medio-clérigo, tremendamente «libre» en sus versos y en sus prosas...

«Sea tu intención limpia, aunque tu lengua no lo parezca». Cito de memoria: es un pasaje del «Coloquio de los perros», de Cervantes. No recuerdo si Cervantes se refería al asunto que nos ocupa, o no. No importa: literalmente, la fórmula constituye una coartada moral. Y muy sería a todos los niveles. A nivel de simple terminología «sucia», vale. No me arriesgaría yo, en este sitio, a reproducir palabras de Cervantes o de Jaume y Pere March, por ejemplo. Pero la cosa comporta implicaciones onerosas, y sería estúpido escamotearlas. Las hay de carácter digamos «humanístico». Cuando hablamos y escribimos lo hacemos —sin darnos cuenta— en una «lengua», y las maniobras represivas en el lenguaje tienen una enorme trascendencia. Me contaron que, años atrás, Camilo José Cela vino a Valencia y predicó a las matronas del Conferen-

cia Club el peligro de corrupción cultural que suponía decir «pompí» en vez de «culo». Cela tenía más razón que un santo, y no sé si su clientela pescó la admonición. En Valencia, y en catalán, somos mucho menos «delicados», y hasta —alabado sea Dios— tendemos a excedernos por el lado contrario: la abundancia nunca es nociva, dicen. En el fondo, las «palabras feas» suelen ser espléndidamente autóctonas, de las más antiguas del idioma, las más constantes, las más vivas. La animosidad que las persigue sólo tiene una compensación: la cantidad de eufemismos, de sinónimos eufemísticos, que han sugerido. Para el castellano, consulten ustedes el Casares, sub voce «asentaderas» y anexos, en relación con «pompí». Y así, sucesivamente.

Naturalmente, yo no daría mucha importancia al hecho de que las niñas y los niños de las «clases superiores» se pongan a competir con los carreteros de antaño. El fenómeno no pasa de ser un gesto de insolencia, de alcance estrictamente doméstico, y a lo sumo, un síntoma de la ruina de los «colegios de pago». Sin embargo, en su conjunto, y metiendo en el mismo saco las hipotéticas destemplanzas de los literatos y los periodistas, creo que la desventaja en el vocabulario constituye una ventaja considerable. Hay quien parte del supuesto de que «lo que no se nombra no existe»: un error de tomo y lomo, que la vida de cada día se encarga de demostrar. Y hay quien se inclina por los sinónimos «bonitos», cuando el sustantivo, el verbo o el adjetivo son «feos»: la cosa —cosa o hecho— no varía. ¿Varía su «valoración»? Puede que sí. Pero... Siempre me impresionó mucho aquella línea de don Joan Maragall: «L'esperit es venja! L'esperit es venja!» ¡Y tanto! El espíritu se venga, en cuanto el «cuerpo» se descuida. Sólo que el cuerpo se venga más, y de una manera más implacable. Las «palabras feas» pertenecen al cuerpo. Las correspondientes a las «depravaciones» del espíritu circulan sin gran dificultad. El cuerpo, en cambio... ¡Pobre cuerpo! ¡Y no tenemos otro!... En fin...

Juan FUSTER



¿POR QUE PIERDE PRECISAMENTE UD. SU CABELLO? (La caída del cabello no puede achacarse al «destino». Ud. puede hacer algo en contra)

La primera y más grande Organización Internacional: 60 sucursales, fórmulas y productos registrados. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados.

Nosotros conocemos a personas que pagarían por su cabello un millón. Todo esto para recuperarlo. Pero es demasiado tarde, porque es sabido que en una calva ya no vuelve a crecer el cabello. Sin embargo, es conocido el hecho de que puede evitarse una calvicie prematura cuando se trata a su debido tiempo y en forma intensiva el cabello aún existente. Esto no le exigirá millones. Únicamente la necesaria fuerza de voluntad para asesorarse, sin compromiso y sin gastos, en el próximo Instituto Capilar Internacional. En su propio interés debe usted decidirse ya cuando observe por primera vez la presencia de caspa, picor o caída del cabello. También el cabello demasiado grueso o áspero puede ser señal de una calvicie inicial. No espere más. Podría ser demasiado tarde. En este caso sólo le quedaría la peluca para ocultar la calvicie. ¿Cree usted que hay que llegar a tanto?

Instituto Capilar Internacional

Método AKERS I. C. Internacional
Únicos Institutos auténticos en España
Av. José Antonio, 634, 10.º Dep. A. B. C.
Esquina Paseo de Gracia, T. 231-70-82, Barcelona
Av. J. Antonio, 62, 7.º Dep. 5, T. 248-22-48, Madrid
Edificio Eurototo 8.º Tel. 21-22-47, Valencia
Diputación, 4 bis, 5.º Tel. 21-93-99, Bilbao

Consultas

Lunes a viernes, de 10 a 20 horas

Sábados, de 10 a 18 horas

Dir. M. Piedra - D. Torrella

Dirección Médica: Dr. Francisco Tarré

Institutos en Londres, París, Niza, Marsella, Berlín,

Hamburgo, Munich, Viena, Zurich y Ginebra

TAMBIEN PARA PERSONAS QUE RESIDAN FUERA

C. P. S. 181